

Cambiar la vida, volver al campo.

Notas sobre un 15M rural*

Héctor GIL

Universitat de les Illes Balears, España

hector.gil@uib.cat

El domingo 15 de mayo de 2011, las plazas de numerosas ciudades españolas se llenaron inesperadamente de acampadas y asambleas ciudadanas para visibilizar el malestar provocado por la crisis financiera de 2008 y las medidas de austeridad aprobadas posteriormente (Ramírez-Blanco, 2021). La imagen publicitada del 15M fue la de un movimiento netamente urbano. Sin embargo, la realidad es que se ramificó poco después en los pueblos mediante una serie de grupos y organizaciones que trabajaban por la recuperación rural (como las cooperativas agroecológicas o los círculos neorrurales). Algunas de estas iniciativas (BAH!, Plataforma Rural, GAK, etc.) llevaban más de dos décadas construyendo espacios autogestionados en el campo e impulsando procesos de lucha por el territorio, como la ocupación de aldeas abandonadas (Fernández y Morán, 2016; López y Badal, 2006). El objetivo de este trabajo es, por tanto, alterar y complejizar esa narrativa “oficial” del 15M para dar visibilidad a otras experiencias no urbanas.

El Encuentro de Rurales Enredadxs, celebrado en el municipio abulense de Piedralaves en diciembre de 2011, surgió de la confluencia entre las diversas experiencias ya citadas. De este modo, buscaba operar como coordinador de iniciativas neorrurales y servir de altavoz de las luchas que se desarrollaban en el campo (Merchán, Barquilla y Felipe, 2011). Tanto la idea como su desarrollo fueron reflejo del clima de entusiasmo colectivo que se vivió en los meses posteriores al 15M: agitación política, recuperación de espacios abandonados y creación de experiencias de organización social autónoma. El objeti-

* Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto “Evolución de la Contienda Política: Un Análisis Longitudinal de los Movimientos Sociales y la Protesta en España 2000-2020” (PID2019-104078GB-I00/AEI/10.13039/501100011033), financiado por la Agencia Estatal de Investigación.

Cómo citar:

Gil, Héctor (2024). Cambiar la vida, volver al campo. Notas sobre un 15M rural. Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales, 24(2), r2402.

vo era dar a conocer e impulsar una serie de proyectos eco-comunitarios de mediano y largo recorrido y potenciar un debate abierto sobre la democratización del sistema agroalimentario y la experimentación colectiva de nuevas formas de vida (Amat y Ortíz, 2015).

Entre aquellos proyectos destacaban la Vall de Can Masdeu, un antiguo leprosario situado a las afueras de Barcelona, reconvertido en centro social okupado con huertos comunitarios, o la Cooperativa Integral Catalana, una red de organizaciones cooperativas de trabajo, consumo y vivienda, muy de moda en aquel momento (eran días en los que la figura del activista Enric Durán, uno de los impulsores de aquel proyecto, era muy admirada en los movimientos sociales por su estafa a la banca).

Según las estimaciones de los organizadores entrevistados, al encuentro asistieron unas seiscientas personas de todos los rincones del país que acamparon en una zona adyacente a la localidad. Hubo tal desborde de afluencia que muchas se vieron obligadas a pasar las noches al raso con mantas prestadas por los vecinos. Se habilitó también un espacio para lo esotérico, donde se daban cita grupos de tarotistas mayas o miembros de las Doce Tribus —una secta de inspiración cristiana— que daban al conjunto el sabor de un cuadro costumbrista.

Los asistentes al encuentro respondían a una composición diversa. Unos, los menos, eran vecinos de Piedralaves y otros municipios cercanos como La Adrada o Casavieja. Eran el grupo de más edad: habían vivido la Transición, a veces militado intensamente en aquellos años y ahora, tras un período de hibernación, vislumbraban un rayo de esperanza en el 15M. Su interés por el movimiento se inscribía en el hecho de que algunos eran agricultores o ganaderos ecológicos preocupados por la sostenibilidad e independencia de sus explotaciones. Otros, mucho más jóvenes, eran activistas de los movimientos sociales posdesarrollistas -ecologistas, decrecentistas, iniciativas de neorruralismo productivo-, con menos solera militante. Pero, de forma más general, la mayoría de los integrantes eran personas entre los 30 y 35 años de edad, con estudios universitarios y un acceso incierto al empleo y la vivienda.

Por norma general, la razón que los llevó a las jornadas fue el derrumbe de sus expectativas de vida en la ciudad. Para muchos, esta comenzaba a no representar ya una promesa de felicidad y autorrealización, sino más bien un desengaño producto de la precarización existencial provocada por la crisis (Escribano, Hummel, Molina y Lubbers, 2020).

El medio rural funcionó entonces como la puerta de salida de ese desengaño. Este aparcía como un espacio idóneo para el desarrollo de prácticas económicas y sociales alternativas al neoliberalismo (Cuéllar, Calle y Gallar, 2013). El rechazo hacia la ciudad no solo llevó a estos jóvenes a interesarse por la producción de respuestas comunitarias; también espolié en muchos casos la decisión de mudarse a pueblos o aldeas abandonadas (Almazán, 2019). En estos lugares, los neorrurales no solo aspiraban a revitalizar el

entorno, sino a realizar otros modos de vida más allá de las formas del valor y del Estado.

Es cierto que estas experiencias estuvieron atravesadas por dificultades y enfrentamientos –e incluso algunas fracasaron–, pero todas llevaron en su núcleo fundante el impulso a la subversión interna. Es decir, que persiguieron la producción de una nueva forma de existencia, de una nueva subjetividad (nuevas relaciones con el trabajo, con la alimentación, con el medio...). De alguna manera, el desarrollo de una ruralidad alternativa fue supeditado a una suerte de giro copernicano en el plano vital. Se trataba de recomponer la separación entre lo personal y lo político (Holloway, 2015), desplegando toda una serie de prácticas centradas en la simplicidad voluntaria y la autosuficiencia relativa.

En cierta forma, estos jóvenes vivieron su proceso de precarización como una oportunidad para habitar el mundo de un modo diferente, convirtiendo su propio malestar en energía transformadora. A mi modo de ver, ahí reside la potencia de la vertiente rural del 15M: se trató de materializar un modelo de contrasociedad primarizada y relocalizada con el ejemplo práctico de una vida en común. En ese sentido, estas comunidades intencionales aportaron un *plus*: no se trataba solamente de estar y pensar juntos, sino de autogestionar colectivamente lo cotidiano (Fernández-Savater, 2017). Un salto en el horizonte ideológico de la “indignación”.

En este sentido, su ideario era una reivindicación de la micropolítica. Donde el movimiento de las plazas puso en el centro la regeneración democrática, la participación ciudadana y la transparencia (Ruiz, 2011), la ruralidad quincemayista puso la reagrarización, la simplificación técnica, el consumo responsable y la generación de contrapoder (Calle, 2012; Martínez y Rosset, 2010). En vez de luchar para democratizar las instituciones, quiso crear enclaves de experiencia favorables a la experimentación (Pleyers, 2024). Como el Movimiento Alternativo Rural en la Transición (Muñoz de Bustillo, 2017), estos activistas del “poscrecimiento” se focalizaron en la construcción de autonomía.

La idea de autonomizarse estaba fundada en las tesis del “colapsismo”. Muchos neorurales creían en el advenimiento de una crisis energética y ambiental, sentían el fin de la sociedad industrial como un destino (Santiago, 2023). Se preparaban para una suerte de efecto dominó devastador: una cadena de desequilibrios sin retorno a escala planetaria provocada por el deterioro de los ecosistemas, la pérdida de biodiversidad, la escasez de combustibles y materiales esenciales y, en definitiva, la fragilidad provocada por el hundimiento inminente del sistema-mundo capitalista, que dibujaba un horizonte de crisis, guerras, hambrunas, revueltas y epidemias. Bajo esta oscura visión de la historia subyacía un mensaje desesperanzador: ya no había tiempo de proyectarse en un porvenir seguro, arropados por la creencia de que todo podría continuar como hasta ahora (García, 2021), por lo que únicamente cabía aguardar el derrumbe definitivo.

Las fantasías colapsistas acerca de la ruina civilizatoria respondían a la sensación de pavor que estos jóvenes experimentaban en diversos ámbitos de su vida. La quiebra de sus expectativas, junto con la incapacidad de saber cuáles eran las amenazas a las que se enfrentaban, causaron un efecto pavoroso que abrió la espita de este movimiento. Como señala Garrett (2021), el pavor se diferencia de la ansiedad porque anticipa el futuro en lugar del presente, y se diferencia del miedo en que nace de un peligro difuso, resistiéndose así a cualquier explicación.

Siguiendo a Freud ([1917] 2011) en *Introducción al psicoanálisis*, Garrett distingue entre el miedo real y el miedo neurótico, siendo el miedo neurótico un estado general de azoramiento, una angustia que circula libremente, dispuesta a posarse sobre cualquier idea, para alterar el razonamiento. Es lo que el psicoanalista austriaco denomina la “ansiedad flotante”. Quienes la padecen tienden a profetizar desgracias y a interpretar las coincidencias como malos augurios. Incluso cuando no son personas emocionalmente enfermas, se las culpa de ser excesivamente ansiosas o pesimistas.

Lo que Garrett dice, pensando específicamente en los preparacionistas, es que debemos concebir al neurótico como un individuo que ofrece respuestas racionales ante situaciones de incertidumbre. En el caso del 15M, el “ecocatastrofismo” (un discurso impregnado de mensajes apocalípticos sobre el futuro de la humanidad y los ecosistemas) puede leerse como una proyección extrema de las inseguridades biográficas y materiales de un grupo generacional que se encontraba seriamente angustiado por la degradación de sus condiciones de vida y la profundización de la crisis. Para este grupo, no había duda de que la precarización existencial del presente se prolongaría en el futuro; por lo tanto, la única forma de escapar de lo que parecía un horizonte cerrado era construir comunidades que brindaran un salvavidas frente al colapso venidero.

Estas comunidades eran la manifestación espacial de una conciencia aterrorizada. La recuperación de la ruralidad constituía una promesa de regeneración basada en predicciones utópicas, un proceso adaptativo al apocalipsis ecológico, un movimiento de la política convencional hacia la política prefigurativa. Una especie de “Arca de Noé” que alumbraría una sociedad en decrecimiento tras la implosión del capitalismo. Así pues, lo que distinguía definitivamente a esta fracción del 15M de otros sectores del movimiento era su actitud ante la historia, que se manifestaba en un apocalipticismo optimista. Esta actitud se puede resumir en la frase de Enzensberger (2022: 117) “sin catástrofe, no hay paraíso”. El quincemayismo rural, con sus ensueños ácratas y sus “eco-neurosis” (Leal, 2023), era optimista y pesimista al mismo tiempo. La creencia en la inevitabilidad del desastre llevaba a este movimiento a abrazar una estrategia anticipatoria meramente adaptativa. Se trataba de “aprender a vivir y a morir en el Antropoceno”, como titula la obra de Roy Scranton (2021); dicho de otro modo, aceptar estoicamente el estallido de un apocalipsis global. Ante lo que parecía un inminente fin del mundo, solo cabía esperar una transformación intersticial del sistema mediante la construcción de espacios

de vida alternativos, lo que equivalía a afirmar que la única praxis posible era la gestión pos-desastre.

Hoy, después de casi trece años, el balance que puede hacerse de este movimiento es ambivalente. No cabe duda de que se convirtió en un potente revulsivo que logró una expansión del neorruralismo sin precedentes desde finales de la década de 1980, que espolgó interesantes debates en torno al poscrecimiento y que incorporó en la agenda del 15M el asunto de la España vaciada en conexión con el ecologismo. Además, situó a los espacios rurales en el centro de las dinámicas de transición ecosocial y orientó la politización hacia prácticas de autotransformación en las que lo comunitario jugaba asimismo un papel fundamental. Sin embargo, algunas de las características de su paisaje mental, como el miedo a un “inevitable” colapso socioambiental, mermaron sus horizontes de posibilidad. En este sentido, la principal lección que puede extraerse de la deriva psicopatológica de aquel 15M es que, como reza la consigna, “la desesperanza es un lujo que no podemos permitirnos”.

Referencias bibliográficas

- Almazán, Adrián (2019). Atrincherados en los surcos. La nueva ruralidad como propuesta necesaria y deseable. *Cultura, ciudadanía y pensamiento*, 7.
- Amat, Xavier y Samuel Ortíz (2015). La ruralidad del 15-M. Iniciativas desde el movimiento agroecológico alicantino. *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, 14(1), 185-199.
- Calle, Ángel (2012). El discurso de la sustentabilidad en el 15M. *Revista El Ecologista*, 72, 36-38.
- Cuéllar, Mamen, Ángel Calle y David Gallar (2013). *Procesos hacia la soberanía alimentaria. Perspectivas y prácticas desde la agroecología política*. Icaria.
- Enzensberger, H. M. (2022). El fin del mundo como utopía. *El Grand Continent*, 31 de diciembre, ([enlace](#)).
- Escribano, Paula; Agata Hummel, José Luis Molina y Miranda Lubbers (2020). “Él es emprendedor, pero yo no; yo soy autónomo”: autorrepresentación y subsistencia de los neocampesinos en Cataluña. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 15(1), 129-156. <https://doi.org/10.11156/aibr.150107>
- Fernández, José Luís y Nerea Morán (2016). *Raíces en el asfalto. Pasado, presente y futuro de la agricultura urbana*. Libros en Acción.
- Fernández-Savater, Amador (2017). La asamblea y el campamento. Sobre la autoorganización de lo común ([enlace](#)).
- Freud, Sigmund [1917] (2011). *Introducción al psicoanálisis*. Alianza Editorial.
- García, Renaud (2021). *La colapsología o la ecología mutilada*. La Cebra.
- Garrett, Bradley (2021). Doomsday prepers and the architecture of dread. *Geoforum*, 127, 401-411. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2020.03.014>

Holloway, John (2015). *Contra el dinero. Acerca de la perversa relación social que lo genera*. Ediciones Herramienta.

López, Daniel y MArc Badal (2006). *Los pies en la tierra. Reflexiones y experiencias hacia un movimiento agroecológico*. Virus Editorial.

Martínez, María Elena y Peter Rosset (2010). La Vía Campesina: the birth and evolution of a transnational social movement. *Journal of Peasant Studies*, 37(1), 149-175. <https://doi.org/10.1080/03066150903498804>

Merchán, Ángel; Sara Barquilla y José Felipe López (2011). 15M que se anuda con el medio rural. *Diagonal*, 23 de diciembre.

Muñoz de Bustillo, Paco (2017). Neorrurales: contra la corriente de la despoblación rural. *Revista El Ecologista*, 93.

Pleyers, Geoffrey (2024). *El cambio nunca es lineal. Movimientos sociales en tiempos polarizados*. CLACSO.

Ramírez-Blanco, Julia (2021). *15M. El tiempo de las plazas*. Alianza Editorial.

Santiago, Emilio (2023). *Contra el mito del colapso ecológico*. Arpa.

Scranton, Roy (2021). *Aprender a vivir y a morir en el Antropoceno. Reflexiones sobre el cambio climático y el fin de una civilización*. Errata Naturae.